

Más allá del bosque de abedules, esos dioses de pecho blanco y heridas de guerra que se reúnen en un ejército invencible de sombras, vadeando el río por un recodo donde fluye a ras de suelo como una lámina pintada de verdes y pizarras entre un puente de rocas, siguiendo un estrecho sendero que a veces es invadido por las zarzamoras, allí por fin uno llega a un salón en cuyo centro se eleva una bola de piedra, un canto casi perfecto en su esfericidad que unas manos que ya no están trajeron desde alguna parte elevada del río, elegida por su milagrosa singularidad. La hierba nunca abandona el suelo y es pulcramente recortada alrededor de la piedra por los que van y vienen, altar cuya presencia eleva el sitio y lo distingue del resto de lo que lo rodea, lo marca con la presencia humana, con una inconfundible intención. Las paredes del salón son robles y hayas que ahí justo quisieron dejar vacíos el suelo y el cielo para que los hombres se sentaran en la esférica roca a llorar.

Hombre desemboca justo ahora en el apartamento de los llantos, ya estaba allí cuando él nació, ya fue ubicado por aquellos que ya no están en un tiempo del que nada queda, solo la oralidad con la que los padres lo muestran a sus hijos cuando ocurre su primera crisis. Hombre ha querido saborear el camino, apenas media hora a pie del poblado, ha recogido nieve de las zarzas y la ha libado, ha dejado arrastrarse a sus manos en las rugosidades de los abedules, ha admirado la transparencia del río entre el puente de rocas. A las copas de los árboles, desde su pequeñez, le pregunta qué debieron sentir aquellos primeros visionarios que crearon de la nada aquel rincón tan necesario, qué motivación les hizo sacar del desorden un trozo de bosque, de su salvaje continuidad, y consagrarlo a tal artificio. Y ahora se sienta en la esfera de piedra como su padre le enseñó hace tanto, hace casi nada, ahora se apoya donde tantos se han apoyado antes, la piedra ya lo cuenta en su desgaste, y frente al bosque se detiene a permitirse el lujo de la soledad, del desconsuelo, del dolor.

El viento, hoy alto y denso, lento en su elegancia, el aparato incesante de las chicharras, la luz que baila en el suelo la danza de las copas, a través de sus ojos y de sus oídos Hombre absorbe el bosque en su totalidad y abre su pecho. Primero son los ojos, los ojos de Dira, hechos con la misma materia que el fondo del río allí donde más se hunde, en las pozas donde la piedra arrojada canta más grave. Hombre recrea el juego de la correspondencia de las cosas y encuentra la elegancia del costado de Dira en la de las yeguas que a veces aparecen a la carrera en manada, la palma de sus manos recorriendo su espalda con el mismo frío y la misma suave firmeza que los cantos rodados de la orilla del río allí donde casi nunca recibe el sol. La proximidad de su sexo a algunas pulpas y a ciertas flores es sencilla y a su vez dolorosa, la sustancia de sus lunares será la misma de la que están hechas las pipas del interior de algunos frutos, Hombre vaticina que igual todo está hecho con unos ingredientes finitos con infinitas combinaciones, que la misma materia con la que se compone el fondo de los ojos de Dira ahora forma espaldas de escarabajos o inexplicables vetas oscuras de algunas cuevas. Y que Dira está en todo ahora y que el todo estaba inmerso en Dira.

Hombre, después de todo esto, de tanto, necesita casi involuntariamente ponerse de pie, implorar sin saber aún cómo se hace eso y tampoco a quién o qué, acuciarse de dolor, dar una vuelta a la piedra, volver sobre ella, rescatar el pelo de Dira como esas hierbas submarinas que se mecen casi congeladas con la corriente allí donde el río no

llega más de la rodilla. Y entonces sí, entonces algo se rompe en su interior y empieza a llorar. Que para eso ha venido hasta aquí. Y llora creyendo que igual no va a parar hasta el fin de sus días, llora hasta que sus ojos están cansados, suda de tanto llorar, los pómulos blandos y sus brazos vencidos y su pecho vaciándose y llenándose y volviéndose a vaciar. Lloro y siento la mastodóntica ayuda del bosque para que lloro, su impulso, su comprensión. Lloro hasta acercarse a la alegría.

Y cuando todo pasa, cuando el cauce de sus lágrimas vuelve a serenarse y la tormenta deja paso al suave goteo de la calma, un golpe de viento inesperado, una ráfaga que cimbrera los árboles más débiles, responde a todo lo que Hombre acaba de darle al bosque, a todo su llanto, a todo su vacío. Y Hombre lo entiende, sabe que una vez más los que ya no están vienen al salón de los llantos a traer su intento de consuelo. Y, cómo no, Dira también ha venido a decirle adiós. A cantarle que adelante.